

Los utópicos reformistas que creen haber realizado el progreso social por la omnipotencia de la ley, en sus visiones miradas, la situación de la campaña, la cual, bueno es decirlo, había gravitado una prudente indiferencia.

Por la precipitación que ha caracterizado otras reformas de nuestra legislación social y sin ese conocimiento maduro del momento y de las necesidades, planteado el problema del salario mínimo para el gremio de los jornaleros, la trascendencia del problema que se sienta.

La realidad que no ha sido la prudencia, virtud esencial de nuestros estadistas, ni mucho menos aquella visión de los intereses y de las necesidades del medio, que permite discernir el progreso por una adaptación continua de las nuevas exigencias de orden sociológico, realizando la ley del desenvolvimiento máximo, sin desdones ni violencias, a la manera de la gracia asilada, al de una curia, que al crecer aumenta su amplitud, sin perder el equilibrio.

Se ha bastado encontrar fórmulas y realidades concretas, principios abstractos deducidos por razonamientos lógicos y no ser vivos y agudos, personas sociales, forjadas por el tiempo y por la historia, para creer en la posibilidad de adoptar, sin desdones, la realidad de la vida y la quimera lógica.

La verdad que el error del principio se ve a la vez el error de la aplicación, en la que se ven y deben convivir todos los elementos, el mejoramiento, procurando realismo, aunque por medios equivocados, que más proporcional y justa compensación del trabajo.

Ante todo, el punto de partida del error está en el modo de encarar el problema. Error de visión que consiste en aplicar una fórmula simplista para la solución de un mal que tiene una profunda raíz en las circunstancias complejas. No es idéntica la situación del trabajador rural y la del trabajador urbano, ni desde el punto de vista de su situación económica, ni del esfuerzo de trabajo que cumplen ni de su contribución al bienestar de la nación.

El obrero rural, al aire libre, en la plenitud de la naturaleza, no su salvaje como en las primeras décadas de la conquista de los campos, pero igualmente bella, sana y fuerte estimulante de la labor y del esfuerzo. No exige para su bienestar, como el obrero urbano, que hace del hombre un esclavo del vasto arroyo, destinado a sustituir el brazo de acero por otro vivo y sensible, y convierte su inteligencia, por la repetición habitual del mismo acto, en un automatismo que limita el espíritu.

Magnífica escuela de la voluntad, el campo le restituye la plenitud de su libertad en el trabajo, que las exigencias de la industria ha excluido para siempre de la fábrica, le reintegra el secreto de todas sus energías y la conciencia de su individualidad.

Integrando la población de las estancias, factores de su bienestar, las exigencias de la vida crean entre el dueño y sus empleados vínculos de afecto que no existen en la situación de los grandes centros urbanos. La contribución es no sólo a veces material, sino moral. Y los que no desconocen la realidad, sabrán que mejor que todas las leyes para el bienestar vale para el concurso del bien posible entre los hombres, más la cooperación de la caridad, que la sanción de la justicia. La estancia ha sido baluarte de la civilización en la desamada de nuestros campos, así contra la barbarie y escuela del trabajo, y no instrumento de explotación.

En este régimen de cooperación social, fundado en la libertad de trabajo y regido por el principio de la oferta y la demanda, que ha favorecido cada vez más la situación de los trabajadores rurales, se pretende establecer el sistema del salario mínimo buscando mejorarlo con el aumento en algunos pesos su sueldo mensual.

Si consideramos la injusticia que existe en excluir a otros gremios y trabajadores mucho más necesitados de las problemáticas o reales ventajas del salario mínimo, no se ha pensado en un instante siquiera en las consecuencias inmediatas que traería la sanción de una ley, excluyendo del trabajo a una gran cantidad de hombres de nuestra campaña, que por su edad, estado de salud, listas, mutilados de las guerras civiles, falta de vigor constitucional, etc., no podrán efectuarlo en la condición de los que sean jóvenes y vigorosos, quedando por el tanto privados de su remuneración.

Por otro lado, si el motivo real es mejorar la condición de las clases necesitadas de campaña, ¿qué medidas concordantes de profilaxis social se toman para cooperar a la realización del propósito?

El Consejo de la Federación Rural, al someter al Cuerpo Legislativo un proyecto sustitutivo destinado a establecer una fórmula práctica de mejoramiento social, organizando el ahorro entre los peones y jornaleros, con la contribución obligatoria de los patrones de acuerdo con la proporción votada por las sociedades federadas, en último Congreso Rural de Tucumán.

El hábito de trabajo y de ahorro, estímulos vitales de mejoramiento, son los necesarios para arrancar al país de su miseria y de su explotación moral. El bien no es real

Se cita a los señores miembros del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado General Fructuoso Rivera, para la reunión que se celebrará hoy jueves, a las 5 y 30 p. m. en su local, calle San José número 1987.—La secretaría.

En el Club Nacional se constituyó anoche la mesa receptora de votos para la elección de Comisión Departamental.











